

# ¿Quién mató al Tercer Mundo?

Richard E. Bisell

**L**uego de un proceso de beligerancia y ascenso desde mediados de siglo, el movimiento tercermundista ha comenzado a decaer irremediablemente. En el artículo que ofrecemos a continuación<sup>1</sup> se recrea el devenir histórico del movimiento, se describe la naturaleza de la ideología que lo orientó durante sus años de florecimiento y se analizan las causas de su actual crisis, haciendo especial énfasis en cómo las determinaciones presentes de las relaciones económicas internacionales apuntan más —en el caso de los países del Tercer Mundo— a buscar la cooperación del mundo desarrollado que la confrontación con él.

\* \* \*

UNA DE LAS INTERPRETACIONES POLÍTICAS más preocupantes que pueden hacerse hoy por hoy, es la que señala que el relajamiento de tensiones entre Oriente y Occidente está eliminando el interés de Estados Unidos y de los países occidentales en el Tercer Mundo. Los líderes de países en vías de desarrollo tienen una pesadilla: que los países industrializados están sellando sus corazones, recogiendo sus bolsas de ayuda, y dirigiéndose a Europa del Este. En esta pesadilla los pobres y hambrientos del Tercer Mundo son abandonados a un lado del camino, sin recursos y sin una razón para atraer la atención del resto del mundo. La dramática escena, resaltada este año por una serie de eventos diplomáticos, es aún más conmovedora por la sensación de que las buenas nuevas acerca de nacientes democracias conllevan tan graves consecuencias para la mayoría de la humanidad.

El problema es que esta pesadilla sólo es cierta a medias. El Tercer Mundo como movimiento político se ha desintegrado. Es más, estaba en su lecho de muerte mucho antes de la liberación de Europa del Este. Es importante entender cómo y por qué, para que el mundo industrializado pueda responder positivamente a las oportunidades tanto de Europa del Este como de los países en vías de desarrollo en Latinoamérica, Asia y África.

## *El nacimiento del Tercer Mundo*

EL MOVIMIENTO TERCERMUNDISTA tiene sus orígenes en una etapa muy específica de la independencia de la mayoría de los países subdesarrollados poscoloniales PSP<sup>1A</sup>. Durante los primeros años de la independencia, una

IV TRIMESTRE 1990

buna parte de ellos experimentó un terco nacionalismo, surgido de la equivocada certidumbre de que el nuevo Estado heredaría automáticamente la autoridad y los recursos del poder colonial con sólo izar la nueva bandera. Para África y Asia el esfuerzo por crear una coalición tercermundista reflejaba que se tenía conciencia de que cada país no poseía los recursos económicos suficientes para influir significativamente en los eventos internacionales. Aun La India, un gigante inconsciente con enormes recursos, aprovechó el trato con los países recientemente independizados en la reunión inaugural de los Estados No Alineados en Bandung en 1957, para poder obtener un puesto en la escena mundial. Así, pues, este movimiento hacia el tercermundismo tiene como origen un sentido de impotencia relativa: un fenómeno negativo que, como pudieron comprender algunos líderes, podía convertirse en efecto positivo. Aún los líderes latinoamericanos, gran parte de los cuales no había experimentado falta de continuidad política durante este siglo, reconocieron el potencial de una coalición de la mayoría en términos demográficos. Y aunque no se mostraron demasiado entusiasmados por el esfuerzo tercermundista, en general se unieron a él. En la mayor parte de las organizaciones internacionales los latinos mantuvieron comités independientes, pero se las arreglaron para concertar un trato con el resto de los PSP. Para los latinos, el haber sido independientes durante mucho más tiempo no mitigó el hecho de no haber corrido una suerte equitativa en la repartición del poder realizada después de la guerra.

¿Quién se unió al Tercer Mundo? Al registrar los nombres de los partidarios obviamente no se buscaba incluir a países que pertenecieran al Primer Mundo (capitalista) o al Segundo (comunista/socialista). Y aún algunos países de la periferia ocasionaron dilemas — Corea del Sur, Turquía e Israel entre otros, pero ninguno fue lo suficientemente importante para desestabilizar la visión que vino a conocerse como el Grupo de los 77 (G77), debido al número inicial de miembros. El número, que de hecho se hizo mayor en los años que le siguieron a pesar de que esto no cambió el nombre, era importante por ser mayor a la totalidad de los votos combinados de los bloques de Este y Oeste en las Naciones Unidas (NU). De ahí nació la idea de una mayoría automática en la Asamblea General de las Naciones Unidas, y la ilusión de poder que dominó en los años 70.

Como el origen del movimiento tercermundista es político, fue necesario crear una ideología para mantenerlo. Era poco probable que tuviera una espontánea visión ideológica del mundo basada en la experiencia histórica. Por lo tanto, el movimiento buscó una ideología que explicara lo que sus miembros tenían en común: impotencia, pobreza, y una necesidad de incluir sus asuntos en la agenda internacional. Los miembros necesitaban explicar a su propio pueblo y al mundo por qué la independencia política no los había librado de dificultades. La independencia había resultado ser una quimera y no estaba muy claro por qué.

1 / The Washington Quarterly, otoño 1990.

1A / Ver Richard E. Bosell y Michael Rado, *The Post-Decolonization Era in Africa* (New Brunswick, N. Y.: Transaction Press, 1979).

La respuesta se hallaba en el análisis social estructural de la teoría de a "dependencia" tanto del Este como del Oeste<sup>2</sup>. Este análisis ponía al Tercer Mundo en una posición estructuralmente inferior, en la periferia de los asuntos mundiales, y de esta forma estableció una estructura mítica en la que los PSP eran sólo peones, y una visión mundial que exigía una transformación estructural. Económicamente el mundo se ha visto manejado por las ventajas históricas y por el empuje de dominio de los países industrializados y de sus secuaces, las corporaciones multinacionales. Políticamente las críticas se centraban en la hegemonía, que, supuestamente, establecieron los poderes de la Primera y la Segunda Guerra Mundiales al finalizar esta última. El tema central del tercermundismo era la inhabilidad y la futilidad de los individuos de los PSP para controlar su futuro hasta que un cambio radical fuera forjado en la balanza internacional del poder. En Occidente a esto se le llamó algunas veces "socialismo tercermundista", debido al importante elemento redistributivo en la ideología. El énfasis en la redistribución, a países más pobres, de bienes económicos en términos de capital e ingresos, se equiparó de una manera menos tangible con llamadas para una reordenación política que diera por lo menos igualdad, si no predominio a la agenda del Tercer Mundo.

Esta ideología tenía partidarios en el Primero y Segundo Mundos también. Para el Bloque Comunista el Tercer Mundo representaba la posibilidad de aliados útiles, aunque un poco revoltosos. Las cosas se complicaron para la Unión Soviética cuando varios amigos en el Tercer Mundo adoptaron el marxismo, con el apoyo de Moscú, sólo para resultar siendo dictadores oportunistas disfrazados de marxistas. Para el Kremlin era gratificante ver un reflejo de su propia ideología en parte del pensamiento tercermundista, además de ser útil para lograr el aislamiento de Occidente en las Naciones Unidas y otras agencias especializadas.

En el Primer Mundo muchos adoptaron la idea del tercermundismo. Su sentido de lo justa que era la lucha del Tercer Mundo fue reforzado por el fracaso norteamericano en Vietnam y por el considerable escepticismo ante la posibilidad de que el Occidente en su totalidad pudiera ofrecer al Tercer Mundo un modelo útil para el desarrollo. El que el modelo Rostow "etapas de crecimiento" fuera abandonado dejó un vacío en el pensamiento norteamericano<sup>3</sup>. En 1960, Estados Unidos redujo su presencia con ayuda en áreas distintas a Vietnam y abandonó las propuestas de amplia escala, buscando atender en forma más modesta al hambre y los males de los más pobres. Las universidades norteamericanas, dadas sus protestas por la participación en Vietnam dieron gustosamente todo su poderío intelectual para la elaboración de la ideología tercermundista. El trabajo de muchos académicos norteamericanos reflejaba una combinación conveniente de visiones supremamente abstractas de su mundo e interpretaciones seleccionadas de las verdades fundamentales de los PSP.

Después del período de independencia de los 60, los 70 fueron una década de prueba para el Tercer Mundo. La realidad de los PSP no era agra-

2 / Ver, por ejemplo, Immanuel Wallerstein, *The Capitalist World Economy* (New York: Cambridge University Press, 1979) y Roger A. Crute, *Global Issue Regimes* (New York: Praeger Publishers, 1982).

3 / Walt Rostow ejerció una decisiva hegemonía sobre la actividad del gobierno norteamericano respecto del desarrollo en los años sesenta con *The Stages of Economic Growth* (Cambridge: Cambridge University Press, 1960) y *The Economics of Take-Off into Sustained Growth* (New York: St. Martin's Press, 1963).



dable. Los gobiernos no estaban preparados para la aparición periódica de condiciones adversas de comercio para los diferentes productos de los países en vías de desarrollo. El desengaño popular generado por los frutos de la independencia llevó a un rechazo generalizado de los gobiernos modelados en Occidente. La afirmación de "raíces auténticas" de gobierno llevó en algunos casos a regímenes de fundamentos estrechos que sólo podrían ser justificados por medio de principios leninistas, aunque la mayoría eran ineficientes aún como instrumentos de coerción. El poder del Estado tendía a declinar. En otros casos como en algunas partes de Asia, surgieron gobiernos bastante más eficientes, capaces de movilizar la economía aunque generalmente a costa de las libertades civiles. De alguna manera el general Park Chung Hee, de Corea del Sur fue políticamente auténtico como el mariscal de campo Jean-Bédel Bokassa en el imperio Centroatricano. Sólo que los resultados fueron muy diferentes a pesar de que profesaban solidaridad con la ideología internacional compartida.

Si las recompensas económicas del tercermundismo fueron despreciables, las recompensas políticas fueron numerosas durante una década. Los 70 fueron conducidos por el deseo del Primer Mundo de favorecer la agenda del Tercer Mundo. Reuniones entre el Norte y el Sur se convirtieron en el principal elemento de la vida internacional. Las estructuras del poder de las Naciones Unidas se reforzaron para favorecer los intereses de la mayoría, y eran constantes las reuniones de la conferencia sobre Comercio y Desarrollo de las NU (NUCCYA), en las que se exploraban las peticiones de cambio de las estructuras económicas mundiales. Se redujeron los papeles financieros de Occidente en el Tercer Mundo. Nacionalizaciones en sectores claves parecían asegurar que los gobiernos del Tercer Mundo no volverían a verse amenazados por el funcionamiento de compañías internacionales en su propio país. Al final de la década, sin embargo, ocurrió una gran alza en la compra de las acciones.

Para hombres, mujeres y niños de los países en vías de desarrollo, el nivel de vida había mejorado poco. Ciertamente la brecha en la calidad de vida entre los países desarrollados y los en vías de desarrollo era cada vez mayor, aunque a los funcionarios del gobierno parecía estarles yendo bien con sus frecuentes viajes a Nueva York y Ginebra. Los problemas para gobernar los PSP y su economía interna eran cada vez peores. Los servicios sociales y los gobiernos se estaban desintegrando. Había que untar cada vez más manos con sobornos. La compra de acciones en Occidente era cada vez más dramática basada en hechos decisivos. La doble alza de los precios del petróleo en 1973 y 1980 causó un gran temor de que la influencia económica de Occidente se estuviera disipando. El surgimiento de sistemas políticos premodernos, tales como los caricaturizados por Idi Amin en Uganda y el Ayatollah en Irán, sugirió a Occidente que era hora de ensayar otros caminos. Los años decisivos para todas las partes fueron 1979 y 1980, en los que aparecieron las fuerzas que habían de desplazar la agenda del Tercer Mundo.

## La erosión del tercermundismo

UNA MIRADA HACIA EL PASADO MUESTRA CLARAMENTE lo que no fue comprendido al comienzo de los 80, o desde entonces, por muchos. No se votó en un cuerpo internacional para despedir al Tercer Mundo. Más bien el Tercer Mundo perdió a sus miembros. Las deserciones a la causa aumentaron durante los años 80. Los hechos contradecían el valor de la ideología. Políticamente, la comunidad internacional escogía contextos diferentes al tercermundismo para dirigir una serie de asuntos en los que se lograban acuerdos razonables sin las confrontaciones Norte Sur de los años 70.

En realidad los países en vías de desarrollo descubrieron que podía alcanzarse más por medio de la cooperación con el resto del mundo, que de la confrontación. Con seguridad se necesitaron varios triunfos para demostrar cómo debía hacerse.

El primer síntoma significativo de la erosión del tercermundismo fue la decisión tomada por una cantidad cada vez mayor de Estados, de internacionalizar sus economías. El crecimiento hacia las exportaciones, que se dio en el este de Asia, demostró que los países pobres no perdían necesariamente en la estructura internacional existente, retando así al resto de los países en vías de desarrollo. Al mirar de cerca las crecientes economías asiáticas los otros se dieron cuenta de que las medidas internas eran tan importantes como las redes internacionales. Cuando los líderes se preguntaron cuál era la forma de obtener asesoría para efectuar reformas internas, descubrieron individuos bien entrenados en puestos altos y con acceso a la asesoría del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. La adhesión gradual a llevar a cabo reformas internas fue esencial y aunque las recompensas a estas reformas no fueron siempre instantáneas, los líderes pudieron darse cuenta de que éstas eran indispensables para la satisfacción eventual del deseo popular de mejorar la calidad de vida.

La reforma se dio con muchos matices diferentes. En algunos casos el énfasis estaba en las relaciones con el mundo externo, como pasar de una tasa de cambio sobrevaluada a una devaluada, simplificar las regulaciones, eliminar tarifas y controles que desestimulaban las exportaciones y permitir que las compañías locales conservaran las ganancias del comercio internacional a cambio de importación de nueva tecnología.

En todos los casos, la reforma interna fue esencial para restablecer la confianza en el futuro de la economía a largo plazo y en el sistema social.

Asia Oriental, por ejemplo, encontró siempre la forma de crear incentivos para los empresarios que invirtieran su dinero en el país, mientras que los gobiernos latinoamericanos luchaban con un sistema ineficiente de controles que obligaban a sacar la plata de la economía legal y enviarla a cuentas bancarias en el exterior.

A medida que cada país de la coalición del Tercer Mundo empezó a medir su propia habilidad para generar una confianza nacional y para abrir conexiones con el exterior, los elementos de unión entre los PSP empezaron a disminuir. Primero algunos países tuvieron éxito en sus reformas econó-



micas, y así comenzaron a alejarse de la pobreza. Con la inyección de asistencia del Banco Mundial los bancos de desarrollo regional y donantes bilaterales que apoyaban estas reformas el crecimiento económico empezó a financiarse. En particular, luego de la recesión mundial de 1981-1982, los Estados Unidos y otros países desarrollados mantuvieron de forma progresiva una línea de política a favor de mercados abiertos que aseguraran oportunidades de exportación para países en vías de desarrollo. Así, pues, el impulso para una apertura de mercados llegó lejos ya que además contaba con el progreso logrado por el Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT), para la reducción de tarifas.

Muchos PSP descubrieron entusiasmados que las reformas de la política económica traían consigo un aumento de la capacidad para controlar su propio futuro. Guiados por sus propios expertos, que habían sido bien entrenados, los gobiernos pudieron negociar para el futuro. En algunos casos decidieron crear y seguir sus propios programas de reforma como en Nigeria. En muchos otros, buscaron al Banco Mundial para pedir la colaboración y financiación. Obtuvieron así al mismo tiempo una revisión de sus estructuras macroeconómicas y un lugar donde pedir prestado la mayoría del dinero que necesitaban para hacer sus cambios. A su vez el Banco Mundial ayudó a iniciar la creación de grupos de consultoría y reuniones de donantes de ayuda para países específicos, que revisaban los planes de reforma y daban financiamiento. Aunque con frecuencia había serias diferencias de perspectivas entre los economistas del Banco y los funcionarios de los países en vías de desarrollo, estas no eran mucho mayores de las que puede esperarse en un diálogo entre un prestamista y quien solicita el préstamo.

La retribución de la reforma económica no fue solamente una serie de políticas que pudieran agradarle al Banco Mundial. Para los gobernantes del mundo en vías de desarrollo la reforma económica era una apuesta que si no daba resultados bastante rápidos de modo que se percibiera una mejoría en los niveles de vida del hombre de la calle, repercutiría negativamente en la estabilidad política. Por otra parte, muchos anticiparon que la potencial retribución positiva podría ser muy atractiva; la posibilidad de demostrar sus habilidades de liderazgo y asegurar un consenso político que se había desgastado bastante ante cualquier tipo de restricción. Por esta razón el Banco Mundial y los donantes se volvieron cada vez más sensibles en la medida en que los ajustes en la política pudieran empobrecer a la gente de camino a la prosperidad. Por ejemplo una medida para subir los precios de los granos básicos, podría resultar en un mayor ingreso para los agricultores, pero también elevaría el precio del plan para la gente de las ciudades. Manifestaciones en las capitales no eran lo más sano para los gobiernos.

De la misma manera, de una reducción de empleos públicos encaminada a resolver la situación presupuestal podría resultar una reducción en los servicios de educación y salud. Debe anotarse a modo de paréntesis, que en algunos países tales reducciones no hicieron ninguna diferencia. Así por ejemplo, en Guinea, la disminución en la fuerza laboral después de la caída de Sékou Touré en 1984, reveló que la gran mayoría de los empleados públicos, de todas formas, nunca iban a trabajar. Como sea, estaba claro que la reforma moriría políticamente si se sentía que aumentaba el malestar general.

Una segunda clase de recompensa a la reforma fue el aumento de la capacidad para controlar su propia suerte que empezaron a experimentar tanto la gente como las empresas. No sólo los gobiernos se encontraban más libres para controlar su destino nacional, sino que además la gente ganaba autonomía por medio de la relajación de reglamentaciones tanto de la economía como de la sociedad.

La sola reducción en el número de "puertas" por las que tiene que pasar cualquier operación aumentaba la eficiencia, la honestidad y la responsabilidad individuales. Los estudios, ahora legendarios, llevados a cabo en el Perú por Hernando de Soto, pusieron en evidencia el problema del tiempo que se necesitaba para incorporar legalmente una empresa: 287 días trabajando ocho horas diarias mientras que vgr. en Miami podía hacerse en 4 horas<sup>4</sup>. Afortunadamente los peruanos han empezado a resolver su problema y ejemplos similares se han vuelto comunes en todos los países en vías de desarrollo. Al liberar a los individuos y las empresas para que pudieran procurarse su propia suerte, en lugar de confiarla al gobierno, se desataron muchos procesos de crecimiento económico. Lo más importante para muchos en Latinoamérica fue que la reforma no significó el retorno al capitalismo conocido tradicionalmente, ratificado por el gobierno, en el que unas pocas familias tenían el control de la actividad económica. Al contrario, se desencadenó una liberación generalizada de energía empresarial y un crecimiento agregado con fundamentos muy amplios.

Los 80 también erosionaron la tolerancia y aún el apoyo a los regímenes no democráticos. La apertura económica exigía generalmente la apertura de la sociedad. Mucha de la retórica tercermundista trataba sobre la ineficiencia de los sistemas multipartidistas, el pluralismo sin ninguna guía y los peligros de entregar el poder a la gente en general. En los 60 y los 70 la política había sido un deporte para una élite; en los 80 la necesidad de movilizar el apoyo popular a las reformas económicas obligó a una política con fundamentos más amplios. Así fue como el discurso del presidente Ronald Reagan en Westminster sobre la construcción de la democracia encontró una resonancia asombrosa. El sutil cambio de énfasis de los Estados Unidos, de pasar de ofrecer derechos sólo para unos pocos prominentes a dar libertad de participación a la gente en general, sirvió como catalizador de la profunda transformación política de la comunidad internacional.

Latinoamérica fue el primero en convocar a elecciones libres. El acelerado debilitamiento de los poderes leninistas en China y Unión Soviética precipitó el cambio alcanzando proporciones de avalancha en 1989, cuando los países del Tercer Mundo se dieron cuenta de que sus sociedades tenían que escoger entre la democratización y el colapso tanto político como económico.

La última recompensa de la reforma fue la constante integración de las economías del mundo en vías de desarrollo a los regímenes internacionales de comercio. Las transformaciones internas requerían una etapa ulterior de reformas externas, aunque ya en 1986 un observador bien informado

<sup>4</sup>/Hernando de Soto, *The Money Part* (New York: Harper and Row, 1989) y *The Informal Sector: An Answer to Marx*, *The Washington Quarterly* 12 (Invierno 1989), págs. 165-172.

comentaba que: "Los Estados del Tercer Mundo encontraban aún grandes dificultades para adoptar un sistema internacional de comercio capitalista o para limitarse a una estrategia comercial dentro de la política mundial"<sup>5</sup>. En retrospectiva, es claro que la dificultad encontrada en la mayoría de los países en vías de desarrollo fue solamente un problema de percepción que los condujo a dejar de reconocer las mejores oportunidades comerciales de 1990. Desde luego, esto también ha cambiado y, por ejemplo, comerciantes agresivos como Brasil o la India se han mostrado interesados en nuevas aproximaciones a los derechos de propiedad intelectual. Esto es poco sorprendente ahora que la India es un importante exportador de software para computadores, como quiera que posee el tercer grupo más grande de programadores de software del mundo.

Las dificultades, sin embargo, son todavía grandes en el caso de países dedicados al monocultivo agrícola, mismos que poco a poco tendrán que aprender que no pueden apoyarse sólo en el cacao, el azúcar o el café, y cuando sea necesario deberán añadir valor a los productos para poder aprovechar el aumento del precio del procesamiento. Ecuador, por ejemplo, embarca toneladas de langostinos cada año, pero entró solo hasta hace poco al mercado del langostino precocido en Europa.

En el ámbito diplomático, por su parte, también se ha sentido el impacto de las cambiantes perspectivas del G-77. La Sesión especial de la Asamblea General sobre Cooperación Económica Internacional de abril de 1990 fue un asunto de notorio bajo perfil. El sesgo era claramente del estilo del G77. Pero de alguna forma no refutaba la premisa básica de que cada país en vías de desarrollo es, en últimas, responsable de sus propios asuntos en lugar de estar a merced de un sistema internacional hostil. Las peticiones de redistribución, tan comunes en los años 70, estuvieron casi completamente ausentes. Un acercamiento más limitado a los asuntos Sur-Sur surgió de los esfuerzos del G-15, un grupo creado entre 1988-1990 por Perú, Nigeria, Yugoslavia e India. Las conclusiones de la primera reunión en junio de 1990 fueron bastante anodinas, con los habituales llamados para una revisión de la escasez económica en los países en vías de desarrollo pero el énfasis fue, por lo general, en la cooperación Sur-Sur. La misma atmósfera dominó la conferencia internacional sobre los países menos desarrollados, organizada por NUCCYD en septiembre de 1990. Las discusiones fueron serias más que de enfrentamiento. Los puntos en la agenda debían ser posibles de resolver y no solamente retóricos. Aun cuando se presentaron puntos en la agenda que estaban más allá del mandato de la conferencia, tal como los temas sobre deuda internacional, el tono fue más quejumbroso que militante.

En los años noventa vivimos en un mundo diferente de los de 1960, 1970 o 1980. La solidaridad internacional ya no está organizada en las líneas Norte-Sur. La antigua división entre "los que tienen" y "los que no tienen" se ha enturbiado, apareciendo el matiz intermedio de los que "algo tienen".

5 / Richard Rosecrance, *The Rise of the Trading State* (New York: Basic Books, 1986), p. 205.

### ¿Qué vendrá después del tercermundismo?

ALGUNOS DIRAN QUE EL FRACASO DEL TERCERMUNDISMO se debe a que la retórica no llena estómagos. En cierta forma, esto es cierto, aunque aún en los setenta había un flujo significativo de fondos a los PSP. El enorme flujo de préstamos de los bancos comerciales del sector público produjo estadísticas que indicaban que todo estaba bien. Desafortunadamente, tal flujo fundamentó una clase de desarrollo económico con bases poco sólidas ya que estos préstamos desaparecían en las primeras manos que los tocaban (generalmente las de los gobernantes). Era insostenible pues los sectores privados de los PSP estaban de hecho siendo estrangulados. Algunos gobiernos bien motivados podían alimentar a la gente por un año, pero pocos en los 70 crearon mercados e institutos para alimentar a una generación.

El fracaso real del Tercer Mundo fue psicológico. Al culpar al resto del mundo de los males de los PSP, la gente se sintió impotente. Esto, si bien le convenía a la mayoría de los líderes autocráticos, era algo lógicamente equivocado. El privar a la gente del derecho para dirigir sus vidas era una clara transgresión de la que se desprendían cardinales consecuencias sociales y políticas. Aquellos que se beneficiaron a corto plazo con esta ideología, fueron derrocados en los ochenta.

No todos los promotores del Tercer Mundo han desaparecido. En los gobiernos de los PSP aún quedan algunos nichos institucionales dedicados a mantener el vocabulario de la agenda de los setenta. Los ministros de relaciones exteriores apegados al antiguo circuito de conferencias, son generalmente los últimos en convertirse. Los países de Asia del Este, con seguridad han ido más allá de sus propios límites. India se encuentra dividida en su forma de afrontar el problema: ¿cómo debe mover sus fichas con un aumento en los compromisos económicos internacionales (las exportaciones aumentaron un 35,5% y las importaciones un 27,9% en 1989-90)<sup>6</sup> y una clase media de 150 millones de personas al lado de la mayor concentración de gentes de bajo nivel de subsistencia? Por otra parte los países árabes están siendo confundidos por las fuerzas revolucionarias regionales y por el problemático futuro del petróleo; mas la forma de integrarse a la sociedad mundial no es confrontando el pasado. En su lugar, la mayoría de los PSP están dirigiéndose hoy hacia una competencia de bases más amplias en los mercados de los noventa en la que todos pueden ganar. Esa competencia, por supuesto, se enmarca dentro de la relación que traben con el mundo desarrollado, en particular con los Estados Unidos, país que dispone de tres mecanismos para avanzar hacia un nuevo tipo de vinculación con ellos: el primero es el de trabajar juntos por unas nuevas sociedades, abiertas a la participación de todos y caracterizadas por gobiernos honestos que se vinculen al movimiento mundial por la democracia. El segundo mecanismo es el de formar sociedades con una estrategia de crecimiento económico de amplias bases y que tenga como objetivo mejorar el bienestar de las gentes, algo que requiere recursos y habilidad tanto de los sectores políticos como privados y tanto de los países

6 / *Financial Times*, junio 6 de 1990, p. 6.



desarrollados como de aquellos en vías de desarrollo. El tercer mecanismo es compartir la responsabilidad de cuidar el medio ambiente. El aumento en la preocupación por el medio ambiente, nos ha enseñado sobre todo que compartimos un mismo planeta y un mismo futuro. La agenda de responsabilidades de manejo es completamente compatible con el progreso económico y democrático.

No es pura coincidencia que la caída del movimiento tercermundista haya ocurrido durante una década de fortalecimiento de la democracia. La determinación del gobierno de Reagan de apoyar la democracia en todo el mundo, primero en Centroamérica y Europa del Este, pero también en Namibia y otros lugares, determinó la caída del tercermundismo. Con la ola de democratización que está barriendo el mundo, el papel de Estados Unidos debe pasar del alto perfil a favor de la democratización a una más sutil presencia de apoyo a estos movimientos.

En los años noventa la democracia ya no será la fuerza revolucionaria del cambio de década pero tiene que ser institucionalizada país por país y los Estados Unidos no pueden darse el lujo de no participar activamente. Las organizaciones no gubernamentales tales como la US. National Endowment for Democracy y la International Foundation for Electoral Support, tendrán con seguridad un papel importante ayudando a la democracia en el exterior. En total el gobierno de los Estados Unidos gasta cerca de 50 millones en ayuda directa para la construcción de la democracia en el exterior cada año. El doble de esa cifra podría justificarse para suplir las necesidades de Europa del Este y del reto mundial por el poder. Las elecciones son sólo un primer paso, la creación de instituciones participatorias (Legislatura, servicios civiles honestos y administración de justicia) es un proceso mucho más arduo y costoso. También es un proceso a largo plazo. Si la gente se responsabiliza cada vez más de su futuro político, también tomará la iniciativa en los asuntos económicos.

Esto cierra el círculo sobre la tesis errónea del comienzo de este artículo. El movimiento de democracia y la apertura de mercados en Europa del Este no es una amenaza para los países del antiguo Tercer Mundo. La movilización más importante que está ocurriendo en ambas regiones es interna, no externa. El poder para movilizar recursos es mucho mayor dentro de cualquier país que fuera de él. La ayuda extranjera sólo puede ser un catalizador, no una solución por sí misma. Puede estabilizar una economía, pero la inversión a largo plazo en una sociedad, debe, en su gran mayoría, ser generada desde dentro. El movimiento hacia la democracia en todas las regiones es un paso crucial para aumentar la confianza en un gobierno y una economía estable. Sólo es el primer paso, luego deben seguirlo otros, pero es el más importante y necesario. La democracia es contagiosa como bien se demostró en Europa del Este y Latinoamérica, y las fuerzas no-democráticas restantes tienen razón en sentirse amenazadas por las aspiraciones democráticas populares en todo el mundo.

La competencia por mercados libres también es esencial para el desarrollo a largo plazo. Será tentador para algunos el exigir resultados inmediatos de los cambios económicos. Habrá manifestaciones. El cambio más

importante, sin embargo, sucedió cuando la gente se puso metas de cambios económicos a largo plazo, para las siguientes generaciones. Esta mentalidad para invertir refleja confianza en el futuro de una sociedad. El resto del mundo puede proveer un catalizador para esa confianza con pequeñas sumas de dinero, pero nunca podrá crear la confianza. Cada gobierno y sus instituciones del sector privado, deben ganar la confianza de su pueblo y esto toma tiempo. En esto no hay competencia entre Europa del Este y los países en vías de desarrollo. Todos los países están involucrados en el proceso de generar y mantener la confianza de su pueblo. Hoy en día se apoyan mutuamente a través de las fronteras nacionales con un espíritu de autodeterminación y autodirección que contrasta notablemente con la "solidaridad" de culpas y recriminaciones tan difundida en la época del Tercer Mundo.

¿Es buena para los Estados Unidos esta nueva brisa que sopla desde los países en vías de desarrollo? La estructura del G-77 era mala para los Estados Unidos porque proyectaba una imagen del gobierno, la economía y la sociedad norteamericanas en la que se los veía como los villanos de una obra teatral "moralista". Su caída crea nuevas posibilidades para un diálogo y una diplomacia mucho menos formales. Una mayor diversidad en el mundo en vías de desarrollo y un compromiso más amplio y pragmático con la democracia y el mercado económico libre generan nuevas simpatías entre el pueblo norteamericano, que ve hoy en día que los valores que animan su vida política y económica están floreciendo en otros lugares del mundo. A medida que crece el comercio internacional norteamericano y que su público se vuelve más sofisticado en su visión del mundo, la gente reconoce lo artificiales que son las divisiones Norte-Sur. Una presencia en el exterior cada vez mayor de los Estados Unidos, ya sea en Europa del Este o en los países en vías de desarrollo, será beneficiosa para la cooperación mundial sólo si el sector privado de los Estados Unidos planea quedarse hasta el final. Las ganancias rápidas a corto plazo no existen en ningún país, pero la preferencia del sector norteamericano por Europa del Este significa que estará perdiendo mercados más grandes en países en vías de desarrollo concebidos actualmente como débiles. Otros, los japoneses en particular, están buscando esos nichos a largo plazo en los que las ganancias serán enormes. El sector privado norteamericano no debe quedarse atrás.

En su pragmatismo los norteamericanos quieren desarrollar intereses mutuos con aquellos de los países en vías de desarrollo que se están enfrentando al mundo real y no al mundo visto a través del prisma del G-77. El movimiento hacia la democracia y un gobierno honesto harán maravillas para establecer valores comunes con los norteamericanos. Aunque la confianza económica es importante, recuperar la credibilidad entre los países más pobres y los Estados Unidos conlleva más que la crisis de deuda y la eliminación del comunismo. Tanto la gente del norte como la del sur quieren poder tener confianza en que pueden trabajar juntos en problemas reales en lugar de dispararle a sombras en la pared. Las necesidades del movimiento tercermundista crearon un prisma cada vez más distorsionado que hizo alejar a los norteamericanos. En la desintegración de este prisma, los norteamericanos encontraron que su suerte está entretejida nuevamente con el futuro de los países en vías de desarrollo.